

Delicias de la estación.

Todas las estaciones, incluso las de ferrocarriles, tienen sus atractivos indudables; pero pocas tendrán tantos como el verano.

Eso de que molestan las moscas, pican las pulgas, tocan el pífano los mosquitos y se suda el quilo ó los cien gramos, no pasa de un decir.

Hay quien goza en estos días lo indecible, y con quedarse en paños mínimos en su casa y dar dos chupetones al pitorro del botijo, disfruta y se queda más fresco que una lechuga.

Ahí tienen ustedes á don Procopio, á quien yo tengo de vecino, que es en este tiempo un hombre feliz, porque en invierno tiene aquí su señora y ahora la factura para Valença do Miño, donde vive una cuñada que tiene un niño de seis años, que ya habla.



El día se lo pasa durmiendo, y al anoecer se pone su chaquet de corte rápido, y á dar un paseito, á tomar el fresco.

Su afición favorita es irse al viaducto y, allí, asomado, pasarse las horas muertas aspirando la brisa del Manzanares.

Los guardias ya le conocen y por eso no le detienen; pero una vez quiso uno tirarle de cabeza por encima de la barandilla, confundiendo con un enemigo del orden público, vamos con un enemigo personal del guardia.

Otros gozan literariamente.

No leyendo en la aireada y airosa mecedora á Byron ni á Carulla, sino enviando poesías á los certámenes.

Esta es su época, y los chicos adelgazan á fuerza de hacer endecasílabos.

Pero, en cambio, qué grata satisfacción



cuando llegan á una casa y el dueño, empujándoles suavemente al entrar, les arroja á la sala diciendo, por ejemplo:

—Aquí está Consonete, el recién premiado en Villa-Lila.

Y el aludido, desarrugándose la levita y arrugando el entrecejo, rectifica:

—Es Villa-Lira, D. Simón.

Para los pollos aficionados á mirar al suelo también tiene atractivos este tiempico.

A lo mejor se arma una tremolina atmosférica de diez mil relámpagos y comienza á llover con desesperación.

Los vaporosos trajes femeninos se calan ellos—los pollos—se calan los lentes (si los usan); las señoras corren, y ellos... mira que te mira.

Estos chaparrones son para algunos providencial remedio contra la hipocondría.

Aunque algunas jóvenes prevenidas salen de casa con el impermeable y á las cuatro gotas se lo plantan, y ¡adiós belleza de la formal! Lo cual es muy doloroso.

Dígalo Luisito Grifo, que siguió el otro día durante dos horas, llenándose de agua hasta



los huesos, á uno de estos impermeables, y luego le resultó, en una clara, que á quien seguía era á un capitán de artillería.

El hombre ha pescado una irritación que no hace más que refrescar; pero dice como muchos que yo conozco:

—¡Bendito verano en que se puede tomar cebada con paja!

Candela.

CURIOSIDADES

VÍCTIMA DE LOS FANTASMAS

Acaba de fallecer en Doublín uno de los policías más famosos de Europa en estos últimos veinte años, M. Loys Stenlac, émulo digno en investigaciones é informaciones del famoso M. Jackal, y superior en muchos casos al célebre prefecto de policía de París M. Gorón, cuyas memorias, más ó menos fantaseadas, han llamado la atención del público aficionado á la novela desde hace poco tiempo á esta parte.

Loys ha muerto víctima de los fantasmas en pleno siglo XIX, lo cual constituye un verdadero caso curiosísimo y una inverosímil noticia expresado así.

Sin embargo, nada más [verdad respecto á su fondo.

El ex policía parece ser que hizo en cierta ocasión una captura que desde luego se creyó importante, pues se trataba de un sujeto ruso deportado á Siberia, quien, habiendo logrado fugarse y llegado á la Europa Meridional, comenzó á hacer varias fechorías, cuya última, objeto y motivo de su captura, consistió en el asesinato, por robo, de dos ancianos del valle de Ossy.

El detenido fué sometido á un proceso, terminado el cual se le ajustició; pero como el reo antes de morir á manos del verdugo manifestase que él se vengaría de quien tenía la culpa de su inocente martirio y dirigiese la vista á Loys, que por ministerio de la ley presenciaba la ejecución, éste comenzó á sentirse enfermo desde aquella noche.

El policía no pudo desde entonces permanecer solo ni un momento; en todas partes, aun estando acompañado, veía al ruso, y en más de una ocasión llegó á afirmar que el reo se hallaba sentado á su lado, que se acercaba á tal ó cual sitio, que ejecutaba determinados actos, etcétera, etc.

Loys iba desmejorando notablemente, día por día, desde la ejecución de su capturado, hasta tal extremo, que tuvo necesidad de consultar con un médico.

Este, sabiendo ya la hora á que el fantasma se le apare

cía al paciente, le obligó durante dos días seguidos á que hiciese un régimen de vida que estribaba en que aquél no supiese la hora en que se hallaba, y al efecto, ordenó que fuese encerrado en una habitación sin luz del día, tapiándose todos los huecos al exterior, y con luz artificial que leyese ó se le diera conversación, etc., y que se parasen todos los relojes que el enfermo pudiese ver ú oír.

Sin embargo de tales medidas, Loys, en cuyo cerebro estaba matemáticamente grabada la hora de aparecer el fantasma, lo siguió viendo con extraordinaria exactitud.

El médico le abandonó por desahuciado, y, en efecto, á los pocos días expiraba Loys presa de terribles alucinaciones.

Ptolomeo.

CARTA DE AMOR

Te digo la verdad, feúcha mía. No juzgues que demuestro cobardía si renuncio al deseo de mandar una carta, tuya ó mía, al certamen que ofrece el Ateneo.

Pensando cuerdamente, he podido probar con evidencia que no sería un rasgo de valiente, sería solamente una pñible falta de prudencia.

Si crees que exagero, si piensas que, miedoso, me retiro porque luchar no quiero, como siempre, sincero, te diré la razón en que me inspiro.

Cuando quiero escribirte alguna carta, fija mi mente en ti, todo lo aparta. Sereno y confiado digo lo que diría frente á frente si estuviese á tu lado.

Soy como el penitente que dice al confesor secretamente lo que sufre y desea,

y confiada el alma en esta idea mi pensamiento expongo claramente y olvido lo demás que me rodea. ¿Es que debo ocultar lo que te diga porque encierre malda l mi pensamiento? No, no es ese el motivo, dulce amiga. Es tan sublime la pasión que siento que, tranquila y serena la conciencia, sin miedo la expondría del tribunal de Dios en la presencia, seguro de que Dios la premiaría.

Ora es la causa de que guarde ansioso esas cartas de amor, trozos del alma, talismán misterioso

que unas veces produce dulce calma y que turba otras veces mi reposo.

No las quiero enseñar, quiero tenerlas ocultas, cual me oculto al escribirlas. Sólo tú y yo podemos comprenderlas.

¡Si no pueden sentir las, qué adelantan los otros con leerlas!

Soy en ellas mimoso, como el niño que en lograr su ilusión cifra el empeño, y te llamo mi sol, mi luz, mi dueño.

Tú sabes que esto es muestra de carifio, ¡pues que es cursi dirán si las enseñol

Aunque en ellas el alma te haya dado, aunque «en eso» mi amor esté grabado, aquellos que á la prosa vil se aferran han de decir que es cursi y anticuado y han de reírse del amor que encierran.

No, no quiero que nadie tome á risa la sincera expresión de mi ternura.

Ocultar esas cartas me precia, ¡quererlas enseñar fuera locura!

Ni accedo á mi deseo de enviar una carta al Ateneo, ni me atrae del premio la importancia.

Premio mayor en tu carifio veo: ¡el premio á mi prudencia y mi constancia!

Postdata.—Gratamente sorprendido, con placer he sabido que forman el jurado las mujeres.

¡Sublime idea ha sido!

¡Puedes mandar la carta si tú quieres!

No pierdas un segundo en escogerla ni dudes en mandarla.

Cualquiera ha de servir, pues al leerla las mujeres que pueden comprenderla, quizás, al ver mi amor, querrán premiarla.

Maximiliano Thous.

NOVIAS Y NOVIOS

¿Queréis conocer al detalle los defectos, buenas cualidades, porvenir, etc., del ídolo de vuestro amor?

Remitid una carta al Instituto grafológico del Conde de Nely, apartado núm. 245, y al punto seréis complacidos.

Cada consulta deberá ir acompañada de una libranza del Giro Mutuo, de tres pesetas, á la orden del señor Conde de Nely.

Cuidese el remitente de indicar su domicilio, á fin de enviarle la contestación grafológica.

LA TRAVESÍA ⁽¹⁾

Allá á lo lejos..., sobre la espuma, bajo jirones de blanca bruma que el cielo borra todo confin; entre las crestas agigantadas, que hirvientes siempre, siempre agitadas, húndense, crecen, pasan sin fin; el horizonte sobre el abismo sin costa hallando, siempre lo mismo, toda esperanza borrada ya, átomo frágil, frente á lo inmenso, sobre las olas del mar extenso, perdido esquivo flotando va.

La inútil vela cubrir dejando rígidos cuerpos que fué juntando la muerte en quieto, frío montón, ya sin vislumbre de fin distinto, por inconsciente carnal instinto la mano fuerte sobre el timón; sentado al fondo, con la mirada fija, insensible, siempre clavada sobre el velamen roto á sus pies,

(1) Del libro *Nostálgicas*, que acaba de publicarse. (N. de la R.)

CHINA



Una puerta de Pekin.